

EL DISCURSO QUE NO SE DIJO



José María
Cañas

Yo fui esporádicamente, en la "escuela mercantil Manuel Aragón", discípulo de él en la rama de la economía política, y de este conocimiento y de la amistad con Guillermo, vine a tener el honor de gozar de su sabiduría, atraído por su conversación única, fluida, profunda y agradable, pero oída bajo las estrellas. Fuimos amigos. Él como el maestro y yo como el discípulo, cuando mis tareas de violinista, (el peor que ha existido en el país) me permitían ir al Parque Central, aun con la verja maravillosa de entonces. Acostumbraba don Alejandro pasearse por el parque para gozar de las noches veraneras, y yo, fiel como la Luna, lo buscaba para oírlo. Él me recuerda como un niño que arrastraba un violín. Mi atención e interés en sus conversaciones, me hicieron conocer, oyendo afanosamente su palabra con el ardor de quien bebe agua tras una sed de años. Así oí sus lucubraciones sobre Bergson, que era en ese momento filósofo que amaba con profundidad. Así aprendí cosas de griegos y romanos, del Renacimiento, el desarrollo maquinista, la existencia de los grandes pintores de las épocas, y

tantas y tantas maravillas, dichas fluidamente como un chorro de agua fresca y vivificante que iba echando en el inmenso saco de mi aplastante ignorancia. De su actitud noble, de su porte, de su labio, de su facilidad y bonhomía, como educador, guardo los recuerdos más emocionados de mis primeras armas, dándole vueltas al Parque Central solitario, bebiendo el chorro de su clara y maravillosa construcción.

Han pasado de esto sesenta años, pues entonces apenas andaba yo en los dieciséis, y creo que su brillante cualidad de educador, como dice el pergamino que venimos a entregarle, no solamente en nombre de la Patria agradecida, sino también en nombre de aquel alumno gratuito y respetuoso que hizo de sus lecciones gratuitas la esencia moral del mal violinista, que aprendió las cosas en la calle y bajo las estrellas, pero junto a uno de los sabios más elevados de la Patria. Honor que no olvido y rememoro esta noche feliz. Después de 60 años digo: ¡Gracias, don Alejandro Aguilar Machado!

Cuando el perfil de San José lo dibujamos en el emborrio de la Catedral Metropolitana y la cúpula del Nacional, decíamos que la Moral y el Arte eran la esencia de nuestra nacionalidad, y tratábamos de hacernos dignos de ella: en cada casa había un piano y una biblioteca. Vinieron después los bancos y el Seguro Social, cuyos edificios remontaron la altura de los primeros, y entonces fue el dinero y la protección al trabajador lo que constituyó propósito actual de una república que evolucionaba hacia nuevas ideas. Con ellas vino el desarrollo, y con él desapareció el piano y la biblioteca; y apareció el "Bar".

En aquellos primeros tiempos de pobreza y sobriedad, de educación y refinamiento, en las noches se hacía música en las casas. En dos de ellas —la del pintor don Enrique Echandi y la del tenor Alejandro Aguilar Mora, esa música medía el rumbo de nuestra cultura. En las propias aceras de ambas casas, mucho público se congregaba a veces, para poder escuchar aquella mágica presencia de artistas reunidos solamente bajo el imperio del buen gusto, de la emoción artística, de la sublimación de los sentimientos. Debemos, pues, a esos hogares sacrosantos, la primera visión de nuestras infancias y el primer asomo de nuestros pocos años al Arte, la obra cumbre del Creador.

Esta noche —como otra noche hace ya muchos años— nos hemos reunido aquí para rendir un homenaje a uno de los más excelsos varones procedentes de una de ellas: Fue la casa de don Alejandro Aguilar Mora, el mejor tenor lírico de Costa Rica, de la cual ya rendimos en una noche pasada homenaje a su hijo, Guillermo Aguilar Machado, el máximo pianista de la Patria y uno de los más excelsos virtuosos del piano que hayan aportado a nuestra cultura su extraordinaria personalidad. No podemos olvidar el momento en que en esta sala sonaba el "Preludio Coral y Fuga" de César Franck, arancado al piano de su casa por la mano maestra y ya yerta del genial artista. Esta casa, a la que venimos refiriéndonos, fue cuna de grandes talentos superiores. Pues les venía por la sangre la elevada estirpe del arte y de la cultura.

Los muchachos que conocimos y oímos a Jorge Aguilar Machado y su cello, no lo hemos olvidado todavía, a pesar de que se fue joven del país a Europa, en donde duermen su silencio él, y su cello maravilloso. Es para nosotros, y para esta modesta casa, un honor innerarable, tener aquí presente a un varón de la misma sangre: la sangre que había aportado don Alejandro Aguilar Mora, descendiente de Mora Fernández, el primer jefe de Estado, y que en la estatua frente al Nacional, los franceses lo hicieron en bronce con el atuendo y el estilo de los varones ilustres y de encopetada estirpe. Don Alejandro unió en matrimonio, la belleza y cultura de una gran dama de origen guatemalteco, doña Claudia Machado, madre de tan ilustres hijos, honra todos de la Patria, y a su vez, persona de las más distinguidas familias de la hermana república del norte, emparentada con figuras políticas de gran fuste que sufrieron el exilio impuesto por Barrios, a la sazón en el poder.

Dos damas completaban la familia; una, fallecida, infortunadamente en la mitad de la vida, la Srta. Renée, y la otra, doña Margarita, que posee el alto honor de ser viuda del poeta peruano José Santos Chocano, uno de los más grandes aedas del continente.

Aquí tenemos, sentado, junto a nosotros, en esta noche que honra esta casa, al primer heredero de la familia: el educador, licenciado en Derecho, ex ministro, ex director de colegios, representante del país en conclave de alta política; profesor; guía de juventudes; y una de las culturas más amplias del país; el conversador más ameno y culto de nuestra Patria, y el orador por excelencia. A don Alejandro Aguilar Machado le corresponde el más alto puesto, el pedestal más erguido por su labor profunda en bien de la patria, pues son discípulos de él casi toda la flor y nata de la elevada clase profesional, entre la cual se encuentran presidentes de la República, ministros, hombres de ciencia, poetas, escritores, periodistas, etc., etc. No hay ni un solo costarricense que en alguna ocasión no haya tenido el honor de ser discípulo del eminente educador. Y al decir educador, queremos referirnos a sus épocas y hazañas más importantes: la dirección del "Colegio San Luis Gonzaga" de Cartago y del "Liceo de Costa Rica". Frente a una juventud alborotada, ya rebelde y en los comienzos de la edad en que los jóvenes se alzaban en contra de las viejas normas, don Alejandro Aguilar, por 8 años mantuvo la más perfecta, seria y responsable disciplina que haya registrado en época alguna esa casa de enseñanza donde todos hemos sido alumnos. Don Mario Fernández Alfaro, aquel espejo de hombres puros y de matemáticos exactos, en el conclave de "La Ventana", nos contaba el milagro de Alejandro Aguilar Machado frente a un liceo revoltoso y al borde de la anarquía. Solamente con su verbo, su actitud y sus finos modales logró detener la turba y la disciplinó, con elegancia, sin durezas ni gritos, hacia un nuevo estudiante serio y capacitado para llegar a ser un hombre de bien. Desde el 40 hasta el 48 se verificó ese milagro, obra exclusiva de su talento, de su dialéctica elegante y fina, de su conducta impecable que desenterró el respeto entre profesores y alumnos hasta convertirse el liceo en un moderno venero de hombres que hoy llenan los sitios altos de las cámaras que rigen el país.